

GUIA ESPIRITUAL DE ASTURIAS

POR

VALENTIN ANDRES ALVAREZ

Cuando se va de Madrid a Gijón por ferrocarril nuestro primer punto de contacto con Asturias es un punto negro: está en medio del túnel de la Perruca. A la salida de éste nos encontramos de pronto entre las nieblas, las nubes de aquel alto paraje; así que al lanzarnos por las vueltas de la rampa de Pajares, descendemos, realmente, en tobogán desde las nubes y al llegar a Gijón hemos recorrido Asturias de arriba abajo, desde el cielo hasta el mar. La primera observación que se hace al pasar de la meseta castellana a la región astur es, precisamente, ésta: Castilla se puede atravesar de Norte a Sur, de Oriente a Occidente, por todos los rumbos del horizonte, mientras que Asturias puede recorrerse, además, de arriba abajo. La tierra ha adquirido una nueva dimensión: la profundidad.

He aquí por qué Asturias, que tiene verticalidad, como Suiza, la altura de sus montañas, y horizontalidad, como Castilla, la lejanía que le abre el mar, ha impreso en el alma de sus hijos estos dos impulsos: evasión hacia la altura y evasión hacia la lejanía.

El primer capítulo de la *Regenta* de «Clarín» es una ascensión a la torre de la Catedral de Oviedo; y una de las páginas más inspi-

radas de Palacio Valdés es, acaso, aquélla donde al escalar una montaña se atraviesa una nube, sintiéndose impulsado por ese anhelo de superación que el filósofo expresó sobre una cumbre: «esta nube que tengo bajo mis pies es la tormenta que se cierne sobre vuestras cabezas. Es la emoción de lejanía, la atracción azul del mar, la que impulsa a surcarlo, a ir a América para desarrollar allí tal fuerza de expansión racial que cada ciudad tiene su colonia asturiana; verdaderas colonias del Imperio Astur.

La emoción de altura, el impulso vertical hacia arriba, llevó al Marqués de Villaviciosa de Asturias a escalar el Naranjo de Bulnes, el trozo de nuestra tierra, que está más cerca del cielo. Este Marqués tuvo un simbólico destino de cumbre. Fué gran perseguidor de rebecos por los Picos de Europa y de osos en los altos de Somiedo; de elevada estatura su cuerpo y de alto valor astur su alma. En su hazaña del Naranjo se midieron dos cumbres y así, aunque escalado antes por algún otro astur de recio temple, el picacho cabraliego, adquirió tal nombradía desde entonces que uno no puede por menos de preguntarse si fué el Marqués el que ascendió hasta la cumbre o la cumbre la que ascendió hasta el Marqués.

Siempre hacia arriba y siempre hacia adelante, son los lemas del auténtico astur, que vemos claramente realizados cuando el emigrante asturiano, en vez de dirigirse a América va a Castilla, hacia la meseta; pero también para surcarla como el mar, y plantarse en Madrid, donde cumplido el ímpetu horizontal hacia adelante, comienza el vertical hacia arriba, a escalar las cumbres de la Política, de la Ciencia o de las Finanzas; y el que no puede escalarlas, oculta su fracaso, entre las sombras de la noche, haciéndose sereno.



Resumiendo: en su íntimo esquema geométrico, el alma horizontal y vertical de Asturias se polariza en esos dos anhelos, como se afila el perfil de la tierra asturiana en esos dos índices que

apuntan uno al cielo y otro al mar: el Naranjo da Bulnes y el Cabo de Peñas. Por esto la montaña y el mar son componentes cósmicos del ser y del acontecer de Asturias. Pero la montaña es lo sólido, lo macizo, lo definitivo y eterno; el mar lo inestable y movedido, es actividad y movimiento; por el mar, se va y se viene; en las montañas se está. La solidez histórica de Asturias es la de sus montañas. Como Castilla es el llano de la Historia española. Asturias es la montaña. Aunque este nombre, se aplica más bien a las Asturias de Santillana, corresponde no menos a las Asturias de Oviedo; pues así como el llano dió su peculiar naturaleza espiritual a Castilla, se la dió la montaña a todas las Asturias. He aquí el cómo y el por qué de esto. Indicamos ya en otra ocasión que al pasar la Reconquista de Asturias a Castilla pasó la Historia de la montaña al llano, de los horizontes cerrados a los horizontes abiertos. Para dominar un horizonte cerrado, el valle y aun toda la región montañosa, basta con dominar sus accesos: desfiladeros, puertos, hoces...; se le defiende desde los confines del horizonte mismo, que son como las murallas de una gran fortaleza natural; en cambio el horizonte abierto del llano hay que dominarlo desde el centro, desde una fortaleza hecha por el hombre: el castillo. En los momentos de peligro, el hombre de las montañas, sale hacia sus fronteras, a defenderlas; su defensa es centrífuga; el hombre del llano, por el contrario, para defenderse, corre hacia el centro fortificado y resista en él; su defensa es centrípeta. Pero si la misma naturaleza del llano impone el recinto de defensa centrípeta, el propio ser geométrico de la planicie origina y fomenta dentro del castillo un poder centrífugo, ofensivo. Como el valle, la montaña tiene puestos, por la naturaleza misma, límites a sus territorios, no aspira a apropiarse de más, el hombre de la montaña no piensa en dominar a otros, pero quiere el pleno dominio sobre sí; por eso fuera de sus reacciones guerreras de independencia, es naturalmente, pacífico. El llano, el castillo, por el contrario, rodeado de un horizonte limitado por líneas irreales, un círculo ideal, cuyo radio es la medida de su propio poderío, tiende naturalmen-

te a ensancharlo. El casti'lo es agresivo, imperialista, conquistador. En él forjó su alma el Cid, que fué ensanchando Castilla al trote de su caballo.

Como el alma de la planicie se formó en el casti'lo, el alma de la montaña, el alma de Asturias se forjó en la casona. Por su naturaleza, por su Historia, por todo su ser la casona en el anticasti'lo. El casti'lo se hizo para la guerra y la casona para la paz; el señor del casti'lo dilató sus dominios conquistándolos con el hierro de su espada, el señor de la casona ensanchó sus tierras roturándolas, conquistándolas con el hierro del arado; en el casti'lo lo esencial es lo que se conquista; lo esencial está fuera; en la casona por el contrario lo esencial está dentro; las tierras son tan sólo un instrumento, un medio de producción. Frente a la naturaleza y frente a la Historia, frente a la vida y frente al destino el casti'lo es un medio y la casona un fin. Por eso del casti'lo, cumplida su misión, no quedan más que ruinas, románticos recuerdos del pasado, mientras que la casona es pasado, presente y porvenir, porque en ella está el espíritu de la montaña con toda su solidez y eternidad.



Una característica de la más alta significación consiste en que mientras Castilla se irradia Asturias atrae. La montaña, en efecto, como grupo humano y ente geográfico, ejerce una poderosa atracción sobre el hombre.

Quien ha nacido en esta tierra podrá vivir lejos de los paisajes de su infancia, pero si puede vendrá a morir a ellos. El asturiano que va a Castilla vuelve, mientras que el castellano que viene a Asturias se queda y arraiga. Y donde esté un asturiano estará Asturias en añoranzas, sueños y evocaciones. Las fábricas de sidra espumosa se sostienen, en gran parte, explotando industrialmente las añoranzas ultramarinas. Allá en América, una botella de sidra champanada no es más que una espumosa y rubia evocación que vale un peso. Y lo mismo que al asturiano emigrante le ocurre al asturiano escritor. Nuestra región vió partir un día a D. Armando

Palacio Valdés. D. Armando dejaba su infancia en Asturias, pero se llevaba la Asturias de su infancia. El, como «Clarín», como Ayalá, como tantos otros lograron fama describiendo paisajes y tipos de su región amada; fueron buenos escritores por ser buenos asturianos. El escritor como el emigrante, el sereno de Madrid, que es de Cangas, como el maletero de la estación del Norte, que es de Belmonte, salieron un buen día de Asturias, pero Asturias nunca salió de ellos.

Nunca salió de ellos porque no podía salir; porque los hombres de más firmeza espiritual, de mejor temple de alma son aquellos de sentimientos profundos, hondamente hincados en su infancia. Lo más hondo y firme, lo mejor que hay en el hombre es lo que tiene aun de niño. Por eso el asturiano ausente de su patria, en las grandes adversidades, cuando se siente debilitado y empequeñecido ante el destino, piensa en el regazo acogedor de los paisajes de su infancia, como en una madre lejana. Acaso de este sentimiento que la montaña infunde proviene lo que la patria tiene de madre y nos explica por que cuando el inmenso cataclismo histórico de la invasión musulmana, los hispanos, sintiéndose también debilitados y empequeñecidos, corrieron a acogerse, como niños atemorizados, a las faldas de su madre, a las faldas de la montaña asturiana.

El amor al terruño es una de las más fuertes pasiones del alma astur. Enamorado de su tierra, el asturiano, es por enamorado celoso y piensa que nada hay en el mundo comparable a la tierra en que nació. Por eso este pueblo nunca quiso dominar a otros, pero tampoco se ha dejado nunca dominar. Acaso fué Castilla quien dió a España el espíritu de conquista, pero fué, sin duda Asturias quien le dió el de independendencia. ¡Independencia...!; uno de los sentimientos más profundamente arraigados en el alma nacional española que proviene de las épocas montaraces de nuestra historia, y contra el cual se han estrellado siempre todas las invasiones, lo mismo la de siete años, como la francesa, que la de siete siglos, como la musulmana. En todas las épocas y en todas las edades; en la Edad

antigua contra los romanos, en la Edad media, contra los sarracenos y en la Moderna contra los franceses, salieron de estas montañas asturianas los tres gritos de independencia; tres montaraces «ijujús» que dió Asturias ante el micrófono de la Historia.



Señoras y señores: He pretendido mostraros hasta aquí que el alma y el ser de Asturias es el alma y el ser de sus montañas. Quisiera haceros ver ahora cómo esta peculiar característica se descubre lo mismo en la Historia que en la Economía, se acusa con diversos matices en el espíritu de nuestras villas y ciudades, se expresa en nuestros mitos e inspira nuestras canciones.

La Estadística reduce a números la vida de una región, aritmetiza los rasgos típicos de un pueblo. Si consultamos una estadística de España veremos que ella muestra el relieve montañoso de Asturias, expresado en guarismos estadísticos, como está expresado en cifras altimétricas en los archivos geográficos. Producción ganadera y producción minera... Económicamente Asturias es el prado y es la mina, es decir: la montaña por fuera y por dentro.

Esta bella y rica región que es Asturias tiene tal poder evocador y sugestivo, que en ella, transformándose todo por arte mágica, hasta la economía se hace estética, hasta lo más prosaico y material se embellece y poetiza. El verdor de nuestras praderías, será en su día sabrosa y tierna carne y fresca leche, mostrándonos así que nunca verdor alguno realizó tan plenamente su simbolismo exacto de ser verde esperanza. Y las doradas «panoyas», que adornan hórreos, paneras y corredores, colgaduras que anuncian el triunfo de la cosecha, ostentan su amarillo que ya no es, como el verde, una esperanza, sino, como el oro, una realidad, granos de riqueza lograda y auténtica. La economía rural de Asturias tiene su expresión estética en la policromía de valles y montañas, donde el labriego, al trabajar su hacienda es un artista decorador de paisajes. Y así el verde y el amarillo y hasta el gris de un cielo que presagia lluvia son promesas de una riqueza que fué antes belleza.

No sería justo hablar de la riqueza de Asturias y omitir a la sufrida, pacífica y ubérrima vaca. La vaca espera aún al gran poeta astur que le dedique el canto que merece. Ya el mismo aldeano la poetiza con esos bellos nombres de la Garbosa, la Estrella, la Linda... Ella es el centro vivo de la explotación rural, el capital del aldeano y además el trabajador sumiso que tira del arado y del carro, ara la tierra y lleva la cosecha a casa. Viva nos da su leche y muerta su carne. La leche que es el alimento más puro y más perfecto que ha creado Dios, verdadera savia vital, blancura líquida; es la crema auténtica, símbolo de lo más puro y excelso de las cosas. Pastando el verdor fresco que brota de la tierra, por laderas, cañadas y cumbres, la Garbosa, la Linda y la Estrella son un nuevo don de la montaña; de la montaña, que en ubres inagotables, nos ofrece, junto a fuentes de agua pura, manantiales de leche fresca.

Pero la economía de Asturias es, además del prado la mina; además de la leche con sus ricos y sabrosos derivados, el carbón al lado de la economía blanca la economía negra. Se oculta, sin embargo, bajo este intenso contraste una unidad profunda, pues tanto una como otra son ricas y abundantes fuentes de energía creadora; si la leche, alimento completo, es fuente de vida el carbón es manantial de fuego. Socavando las entrañas de nuestra tierra, los mineros asturianos sostienen el fuego sagrado en los hogares españoles. Asturias es el Vestal de España. Y no sólo es el fuego de nuestros hogares sino la energía que funde el hierro y da temple al acero, que mueve máquinas, empuja trenes y da movimiento y vida a la industria de España. Se descubre una conexión extraña, una íntima y sorprendente unidad cuando se comparan las energías acumuladas en la riqueza material y espiritual que Asturias vierte sobre España. Cuando se enlazan idealmente la fuerza material que sale del carbón y la fuerza espiritual que el alma astur dió a tantas gestas heróicas, como la Reconquista, aparece Asturias como una gigantesca central de energías españolas, que suministra fuerza para mover la industria y para mover la Historia.

Completamos nuestro análisis de las riquezas típicas de Asturias, señalando una que, al igual de otras enumeradas antes, es tanto como riqueza de nuestro suelo belleza de nuestros paisajes; me refiero a las pomaradas. El pomar fué, en el paraíso, el árbol del bien y del mal, y este doble sino lo transmitió a su fruto. La manzana, en efecto, tiene un hado fasto y otro nefasto dentro de su destino cósmico. La Mitología clásica la destacó como manzana de la discordia; para nuestra religión fué el fruto prohibido que ocasionó la pérdida del paraíso. Pero la manzana está también redimida del pecado original. A la manzana la ha redimido la sidra. La sidra y la leche son los jugos del paisaje asturiano. Pero desde varios puntos de vista la sidra se muestra superior a la leche, en su valoración cósmica. Si la leche, como alimento, da vida; la sidra da alegría y optimismo, lo mejor de la vida; la leche da vigor al cuerpo, pero la sidra lo da al espíritu. El acto de echar bien un vaso, de echarlo con la técnica precisa tiene su significación y simbolismo. Se echa alta y revuelve en el vaso una niebla dorada, luego espalma y de la espuma surge una estrella; y después de bebida y bien paladeada se forja el bebedor un mundo alegre y optimista, a la medida de su gusto, un mundo hecho para su uso particular, pero creado en toda regla por breve evolución cosmogónica, que se inicia al revolver la sidra en el vaso, la nebulosa, de la nebulosa la estrella y de la estrella el mundo. Mundo tan lleno de optimismo y de entusiasmo emprendedor que si todos los grandes proyectos imaginados ante una botella de sidra se realizasen, Asturias sería un verdadero Edén, y la redención plena del pomar lograda, pues si por la manzana perdimos el paraíso, por la sidra volveríamos a él.



Un viajero atento y reflexivo que recorra los parajes y ambientes más importantes y típicos de Asturias, comprobaría, sin duda, esta observación: si el paisaje modela, en cierto modo, a los hombres que lo viven, también el hombre vierte sus anhelos en los

paisajes que lo envuelven, proyectando sobre ellos sus propias inquietudes.

En el panorama de Oviedo, por ejemplo, se destacan con simbólico anhelo de altura el Pico del Naranco y la torre de la catedral y la ciudad es eso: un deseo del cielo de inmortalidad. Oviedo surgió en torno a un monasterio; su primer latido fué ya un ansia de eternidad. Y el Pico del Naranco si hacia arriba busca el cielo, hacia abajo vierte su eternidad sobre la tierra. Muchísimos siglos antes de que apareciese en su falda el poblado primitivo, él dominaba ya aquel valle desierto, el solar, no edificado aun, de la ciudad. Desde remotísimos tiempos estaba allí, esperando a su pueblo. Millares de siglos antes de existir Oviedo, el Naranco era ya ovetense. Frente al Naranco, frente a la perenne quietud y a la pétrea eternidad de la montaña la realidad cambiante y huidiza de la ciudad. Porque en la ciudad, es decir, edificios y obras humanas, no hay nada eterno, todo en ella es efímero, caduco y perecedero. Edificios, piedra y lodo, que un día surgen de la tierra y otro se derrumban sobre ella; hombres, cuya materia es barro y al barro han de volver. La montaña, en cambio, es como el alma, lo inmutable y perenne, es la tierra petrificada y quieta, la tierra y el silencio, el antes y el después de toda obra humana. Ningún paisaje expresa de modo más emocionante que el de Oviedo, ese conflicto de lo inmortal frente a lo perecedero, de lo que queda frente a lo que pasa, de la montaña frente a la ciudad. Cuando el hombre de Oviedo sintió viva y punzante su ansia de inmortalidad se fué a la montaña, le dió una gran puñalada en un flanco y sacó de sus entrañas bloques de piedra; los bajó al poblado y con ellos delicados artífices expresaron sus ansias inmortales en la filigrana magnífica de la catedral. ¡Torre de la catedral de Oviedo... mástil de la ciudad anclada a la orilla del Naranco...! En ella el espíritu de la ciudad encarnó en las entrañas de la sierra; en los nudos de sus filigranas está prendido lo inmortal con lo perecedero, lo eterno y lo vivo, la montaña y la ciudad. Es un trozo de montaña, hecho

ciudad, para sentir la caricia de la vida, es un trozo de ciudad, esculpido en montaña, para calmar su ansia de perennidad.

Así como el panorama de Oviedo, por el ambiente de quietud y la perspectiva de eternidad, invita a la meditación, el paisaje de Gijón, por su inquietud y dinamismo, es como una invitación a la vida; pero a esa vida plena y armónica del hombre que tiene virtud para ganarla y alegría para vivirla. Gijón es industrioso y divertido, es la virtud del trabajo y la alegría del ocio; y estos dos valores, propios de los hombres y de los pueblos de vida plena, lo expresa el paisaje de Gijón visto desde el cerro de Santa Catalina. A un lado la actividad, el trabajo, el tráfico del puerto, al otro lado la vacación, el veraneo, la alegría de la playa. El panorama del puerto es agitación, movimiento, dinamismo vital, la vida ganándose en los tres elementos del paisaje, en la tierra los obreros, en el mar los marinos y pescadores y en el aire buscándose también el sustento con sus revuelos afanosos, las gaviotas. Allí, voluntad y esfuerzo triunfantes, el hombre todo lo vence para sus propios fines, todo lo esclaviza, poniéndolo a su servicio; la montaña del Musel, después de desgarrada contenida por muros más potentes que ella; el mar preso en los muelles y hasta el hombre se aprisiona a sí mismo en jornadas duras.

Pero si en el puerto todo parece esclavitud en la playa todo es libertad; el mar libre de diques, el hombre libre de fatigas y hasta de ropas. Si en el puerto triunfa la máquina, la civilización y el progreso, en la playa triunfa un delicioso naturismo primitivo. Allí hombres y mujeres medio desnudos, pasan unas horas de vida elemental y primitiva y al recibir en sus cuerpos la caricia del sol, del agua y de la arena, vuelven a la naturaleza renovando su contacto cósmico con ella.

Oviedo es un pueblo que sorprende por su unidad; Gijón es un pueblo de contrastes: el puerto y la playa, el trabajo y el ocio, la vida esclavizada moderna y la vida libre primitiva. Oviedo es una ciudad fundada en la Edad Media, Gijón es, a la vez, más antiguo y más moderno; más antiguo porque tiene vestigios de un

poblado romano; más moderno, por haberse adaptado antes a las exigencias de la época presente. Gijón tuvo antes que Oviedo ferrocarril, tranvías, jesuítas y «cabarets», todo lo bueno y todo lo malo. Oviedo, en la vida asturiana, representa el pensar y Gijón el poder. Oviedo, arcadas románicas y filigranas góticas, frente a la montaña del Naranco ha expresado su pensar esculpiéndola; Gijón, frente a la montaña de Musel ha medido su poder desgajándola.

Con Oviedo y Gijón, Avilés es el tercer vértice del corazón triangular de Asturias. Lo que caracteriza a Avilés es el gran amor a sus tradiciones y a sus costumbres, sentimiento de independencia avilesina expresado con tal tesón a través de su historia, que plasmó en el más antiguo de sus monumentos y el más memorable de sus documentos: el castillo de Gozón y el Fuero de Avilés; el castillo contra los enemigos de fuera; el fuero contra los de dentro. Pero la tradición es lo que da moderación y equilibrio a lo que se altera y pureza a lo que se desvirtúa. En ese sentido del equilibrio y de la acción depuradora, hay a nuestro parecer, algo típicamente avilesino. Ya en el paisaje de Avilés se advierte su sino equilibrado y moderador de extremos. No está a la orilla de un río ni a la orilla del mar, sino donde los extremos se tocan: la ría; y al margen de estas aguas que están entre mar y río, un núcleo urbano que está entre ciudad y villa, en el justo equilibrio entre dos extremos, entre la ciudad y el campo, gran ideal de hoy. Pero en el esquema típico avilesino hay, como hemos dicho, además del equilibrio la selección depuradora. En Avilés los latidos del alma asturiana se depuran hasta el heroísmo. Todos los pueblos astures sintieron la atracción indiana, pero fué el avilesino Pedro Menéndez quien abrió a Asturias la ruta de América. Y lo mismo que los hombres se depuran y seleccionan las cosas. En casi todos los pueblos de Asturias se salan jamones, pero sólo adquirió celebridad y fama el jamón de Avilés. Hasta la asturianísima vaca tiene allí, en granjas modelo, su gran centro depurador de razas. Avilés es la alquitara donde la esencia de Asturias se depura y sublimiza. Allí

se refinan los más típicos valores regionales, depurando el pasado para hacerlo eficaz y mantenerlo vivo en el porvenir. Fiel a sus tradiciones, con su memoria siempre viva, el avilesino, siente el culto de lo que fué y acaso por esto tiene Avilés el más monumental y bello cementerio de Asturias. Así se descubre en el triángulo central: Avilés, Oviedo, Gijón las tres potencias del alma de Asturias; Avilés, la memoria, Oviedo el entendimiento y Gijón la voluntad.



Desde este centro, desde este núcleo de Asturias la región se extiende a Oriente y a Occidente, hacia Luarca y hacia Llanes. Villas que son los dos fortines avanzados que defienden el alma de Asturias contra los suaves encantos y sugerencias de Galicia y de Santander. Llanes, entre las Asturias de Oviedo y las Asturias de Santillana, es la villa donde ricos indianos, que sintieron la asturianísima atracción de América, conviven con linajudos señores de temple hidalgo y solariego muy mentañés, santanderino. El mismo fenómeno de transición y mezcla se advierte en Luarca. En Luarca Asturias comienza a ser Galicia. Y como gallegos y asturianos son primos hermanos el luarqués es como un hijo de matrimonio consanguíneo, donde es tan frecuente lo anormal como lo perfectísimo; pero a quien tocó el sino favorable. Así Luarca como villa, es la perfección misma, con ímpetu y espíritu de ciudad, el luarqués en su Luarca ha fundado empresas que no sólo rebasan los límites de su comarca sino también los de la provincia. Su banca local financia importantes empresas gallegas. Con vasto comercio y alta finanza, Luarca es una ciudad condensada en villa, una gran urbe ya en espíritu, que no plasmó en un cuerpo por faltarle el cordón umbilical del ferrocarril.



Por mucho que nos extendiésemos describiendo espiritualmente la región, no podríamos agotar los múltiples matices locales del alma asturiana. Porque Asturias es inmensa desde muchos puntos

de vista. Geográficamente no es muy grande aunque afirma Juanín Uría que, como su tierra es tan arrugada y montañosa, si las montañas se estirasen resultaría mayor que Castilla entera. Pero la queremos tal y como es, pues lo que le niega el espacio se lo dá con creces el tiempo. ¿Qué nos importa el que no sea grande en kilómetros si es inmensa en siglos? El pueblo astur se prolonga en perspectiva tan lejana por el tiempo, que su historia primitiva es la canción de cuna de la humanidad. Hay muchos parajes en nuestra región donde se conservan importantes vestigios prehistóricos: Cueva de Candamo, Peña Tu, Caverna del Pindal... En todos estos lugares, contemplando las sorprendentes pinturas rupestres, sentimos los primeros balbuceos del bebé que era entonces la humanidad recién nacida. También los folkloristas de la región han recogido cuentos y tradiciones que tienen un origen remotísimo. En muchos pueblos de Asturias, se puede encontrar un viejecito que nos cuente alguno de esos relatos milenarios, relato que el viejo ha oído a su padre, quien lo habrá recibido de su abuelo, el cual a su vez, etc., etc..., y así, esta fila de narradores, plantado cada uno en su generación, son como los postes de un hilo telefónico tendido a través de los siglos, para hacer llegar hasta nuestros oídos una lejana conferencia telefónica, trasmitida desde los confines de un pasado milenario. Muchos de estos relatos los hemos oído en nuestra infancia los asturianos y siempre que los oímos de nuevo rememoramos aquella edad feliz. Son como ventanitas abiertas a los paisajes de nuestra niñez; ¡con qué gusto nos suicidiaríamos tirándonos por ellas...!

Y muchos valores creados en el curso posterior de la Historia tuvieron también su cuna en Asturias. En la alta Edad Media nació aquí el primer arte románico-bizantino español. Santa María de Naranco y San Miguel de Lillo, con sus piedras milenarias, son verdaderas joyas, verdaderas piedras preciosas del anillo de paisajes que rodean a Oviedo. Hace algunos años se puso al descubierto la planta de cimientos de San Miguel de Lillo, y el momento de la aparición de aquellos gruesos muros, que no habían visto más

sol que el que iluminó las hazañas del Rey Ramiro, fué de una emoción profunda. Parecía que no se excavaba en la tierra sino en el tiempo, que con picos y palas se hodaban siglos para abrir un boquete en la Edad Media y poner un trozo de ella al descubierto. Cuando se escava el suelo de Asturias lo mismo puede aparecer carbón que antigüedades, lo mismo trozos de la *Historia* del hombre que de la *vida del planeta*.



Pero si las ciudades, las villas y los pueblos tienen historia, las fuentes, los bosques y las montañas tienen leyendas, que nos hablan de xanas encantadoras, de ventolines burlones y de tesoros ocultos. Además de la historia la imaginación; al lado de hazañas, sueños; en el fondo todo poesía; o épica o lírica. Se ha recogido, y hasta sistematizado, toda una Mitología asturiana. Sin embargo un buen aficionado a estas cuestiones, puede recorrer con provecho los pueblos altos y apartados de la región, y recoger tradiciones y relatos sobre algún dios todavía no catalogado. En nuestras montañas se pueden cazar osos y cazar dioses. Nuestra tierra, es en efecto, tan rica, por los yacimientos que oculta el subsuelo como por los dioses que habitan las cumbres. He aquí un hecho curiosísimo y extraño: esta relación entre la Minería y la Mitología no es una mera frase literaria surgida por capricho del azar, sino un inexplicable y misterioso sino que se advierte claramente en Asturias. Resulta que el dios denominado «El Nubero», Júpiter olímpico de la Mitología asturiana, así como algunos de sus congéneres, fué traído por los navegantes fenicios, que venían en busca del estaño de nuestras minas, hoy ya agotadas; es decir, que mientras vaciaban nuestro subsuelo, llenaban nuestro cielo. Y coincidencia rara y sorprendente: uno de los que con más fortuna recogió y analizó nuestros relatos mitológicos fué don Aurelio de Llano, un ayudante de minas. Fué este técnico de la Minería quien dió la gran calicata al cielo de Asturias para explorar sus capas, llenas de divinidades fósiles.

Entre esa tierra llena de Historia, que pasa, y ese cielo, lleno de leyendas, que quedan, hay una íntima relación, un constante intercambio, donde lo efímero y cambiante está en continuo tránsito hacia lo perenne. Y ese tránsito en Asturias, puede ser captado en un paisaje y en una escena donde se muestra con toda su plasticidad y emoción.

Desde muchas cumbres asturianas, allí donde se está lo más lejos de la tierra y lo más cerca del cielo, podemos sorprender, plasmado en realidad, lo que sugiere la meditación poética sobre el retorno eterno de las cosas. Mirando hacia el Norte veremos cómo los montes descienden gradualmente hasta la costa, hasta las lejanas playas a cuyas orillas vienen a perderse las ondulaciones verdes y quietas de la tierra ante las azules y vivas del mar. Veremos allí como los rayos del sol, cayendo sobre la inmensidad azul; forman una vaporosa niebla que al ascender en nubes inicia el gran ciclo de agua, ciclo que quise yo captar líricamente en esta poesía, escrita hace ya años, y que es uno de mis primeros balbuceos literarios.

Por los rayos en un vuelo
 cuando el sol sale a brillar
 suben al azul del cielo
 gotas del azul del mar.

Empujadas por la brisa
 van, en la nube, al Oriente,
 y tejen el tul que irisa
 la luz del alba riente.

Y el encendido color,
 si al Poniente las envía,
 en que deja su esplendor
 el postrer rayo del día.

En la nube tormentosa
 forman arcos iris gayos,
 y la fragua misteriosa
 donde se forjan los rayos.

Prosigue el mágico juego,
nube blanca, nube leve,
de dar al rayo su fuego
y hacer el copo de nieve.

De la nieve blanca y pura
que la alta cumbre ilumina
y deslíe su blancura
en la fuente cristalina.

Bebe, caminante, bebe,
bebe en el agua tranquila
que un rayo de Sol destila
la pureza de la nieve.

Bebe en el limpio cristal,
fundido al fuego del rayo,
de un alba rosa de Mayo
la pureza virginal.

Así entre el aire y el mar, entre el cielo y la tierra recorre el agua su ciclo, rueda gigantesca que engrana con la muela del molino y con la turbina de la dinamo, donde las fuerzas de la tempestad se ponen al servicio del hombre, la que enciende el rayo empujará sus trenes y moverá sus fábricas, la que brilla en el relámpago, dará luz a sus noches. Energías incesantemente renovadas en un torno eterno donde todo vuelve a su ser, nieve, río, mar y nube...; el impulsor de todo el engranaje, el Sol de un mediodía, volverá a surgir en medio de la noche; el río, después de morir en el mar ascenderá en la nube al cielo y así, cumplido su curso en la tierra, a través de aldeas y prados, retornará en su curso celeste a través de ocasos y auroras.

Y así en ese paisaje de cumbre se muestra la eterna renovación de las fuerzas materiales, en la escena que os mostraré ahora veréis el retorno eterno de las espirituales. Lo advertí claramente un día al regresar a la villa asturiana en que nací después de una larga ausencia. Contemplaba el pueblo desde un balcón de mi casa; pa-

saba en aquel momento un grupo numeroso de niños que venían sin duda de la escuela. Reconocí la familia a que debían de pertenecer algunos por el parecido con sus padres o abuelos. En aquel grupo había hechos niños, algunos ancianos que yo conocía. Así contemplé cómo mi pueblo inmortaliza su alma colectiva, moldeando eternamente sus tipos en la tierna masa cósmica de las generaciones nuevas.



Voy a hablaros ahora brevemente, de algunos rasgos destacados del carácter astur. Como ya indiqué algo sobre los impulsos fundamentales del alma asturiana, como ya me ocupé de sus energías me ocuparé ahora de sus sentimientos. Creo que, desde este punto de vista, caracteriza al asturiano una sana y simpática alegría y una natural inclinación poética y romántica. Hay además el muy agudo y profundo sentido del humor, del que he de prescindir aquí porque él sólo merece un trabajo entero, que tengo el propósito de dedicarle.

En cuanto a la alegría del asturiano, puede apreciarse bien, precisamente, en esta época estival. Puede afirmarse que así como los hebreos dicen que el descanso eterno es el gran Sábado de los Sábados, podemos decir los asturianos que el verano de Asturias es el gran Domingo de los Domingos. Por cualquier camino que se tome, váyase hacia el Norte o hacia el Sur, hacia Oriente o hacia Occidente, se tropieza con una fiesta; todos los picos de la Rosa de los Vientos ensartan una romería; es como una gran ruleta donde no hay números sin premio. En el verano es toda Asturias una gran verbena. Pero, además, este ser verbenero, parece algo substancial a la naturaleza de la región. Ahora que como aquí todo se supera y engrandece, la pequeña diversión intrascendente de la verbena se multiplica tan enormemente que adquiere proporciones gigantescas. Cualquier carretera ofrece cuantos kilómetros se quiera de montaña rusa, el puerto de Somiedo ofrece, como

caseta de tiro al blanco un cazadero de osos y la rampa de Pajares un tobogán desde las nubes.

La inclinación romántica y poética de Asturias fué tema de una novela que hace algún tiempo publiqué. Se trata allí de una millonaria neoyorquina, descendiente de asturiano, pero con el espíritu práctico y realista de su país, que se enfrenta con un joven astur, señorial rumboso y poeta. Una tarde estival salen de excursión por el coto de fincas del joven. He aquí algunos trozos de este capítulo, donde he querido expresar el generoso y poético desinterés de nuestra alma romántica: «Dorotea, ante la ladera rocosa dijo que debiera explotarse allí una cantera; pero me opuse a que se destrozase aquella hermosa montaña. Consentiría sí, con llevarla en bloques a la ciudad para armarla allí otra vez, en catedral. Siguiendo nuestro paseo llegamos a la pintoresca cascada de un torrente. Dorotea hizo, en seguida, un cálculo, yo añadí un comentario y entre los dos llegamos a esta conclusión: yo tenía allí no sé cuantos cientos o miles de caballos de fuerza, pastando por las praderas del hontanar.

—Esto es también un negocio—advirtió Dorotea. Se debería instalar una fábrica de electricidad, sacar de su estado salvaje todos los caballos que tiene Vd. aquí para llevarlos a la ciudad.

—¡Pobrecitos!... Para engancharlos a los tranvías!

—O llevarlos a una central de distribución para el consumo doméstico.

—Es decir, al matadero, para descuartizarlos y venderlos en quilovatios...

Entramos después en el bosque, y nos detuvimos ante un grueso castaño centenario, hermoso ejemplar plantado por algún antepasado mío, cuyos hijos, nietos, biznietos y demás descendientes hasta mí, fueron multiplicándose al par del crecimiento de sus ramas nuevas. Al punto, calculó ella su valor aserrado, y yo le repliqué:

—Pero, Dorotea, ¿cómo voy a consentir yo eso? ¡Mandar a la sierra a mi árbol genealógico..!

—Finalmente unos altos y esbeltos eucaliptos le parecieron buenísimos postes.

—No, Dorotea, no. Si viene aquí algún navegante le daré el que más le guste para palo mayor de su velero, pero a la Compañía Telefónica ni uno.

Jamás permitiría que se hiciesen postes de mis árboles, arrancarlos de la tierra, despojarlos de sus galas, desollarlos y decapitarlos... Y después de tan horrible muerte lo más espantoso: volver a plantarlos otra vez, para que sigan, macabramente, erguidos en su propio cadáver... Dorotea replicó que era necesaria una mutilación idéntica para hacer el mástil de un navío, pero le expliqué cómo el árbol que va a ser palo mayor no sufre muerte sino tránsito a otra vida más libre y más gloriosa. No sale de allí mutilado, sino desnudo, como un gladiador que va a luchar con el viento, a torearlo con el capote de la vela mayor, en la alta mar, en medio del redondel azul, hasta dominar su fiereza, obligándola a tirar del navío, amansado, atado al yugo, hecho buey», etc., etc.

Si alguien replicase que el espíritu de industria y de empresa es genio creador de nuestro tiempo, objetará el asturiano señorial, el romántico y poeta, que jamás comprenderá un genio creador que proyectado sobre sus paisajes le quite la cascada, engullida por la fábrica, el bosque destrozado por la sierra y la montaña descuartizada por la cantera. Que él defiende sus paisajes como un anticuario sus pinturas, y que si el espíritu de empresa sigue destruyéndolos se venderán muy pronto como antigüedades; pero con mucho más valor que los cuadros del Greco o de Velázquez, pues los que queden serán las pocas obras de arte, que aún se conservan del propio Jehová».



No lo dudemos, señoras y señores; el alma y el paisaje de Asturias forman una íntima unidad consubstancial. Tan firme y adentrada tengo en mí esta idea, que aunque algo me ciegue mi pasión de asturiano, no puedo por menos de deciros, para terminar, que

en esa unidad, precisamente, fundo mi creencia de que si Asturias ha tenido un glorioso pasado, se vislumbra, escorzada hacia el futuro, con un glorioso porvenir. En esas quintanas, diseminadas por valles y montañas, vibra un espíritu que es el paisaje mismo hecho alma. Hemos visto ya como el labrador asturiano al trabajar su hacienda es un artista decorador de paisajes, cuya policromía promete una riqueza que fué antes belleza; y hemos visto también como transcurre allí una vida nutrida de aromas que, en el aire, se respiran, en la sidra se paladean y en la leche se asimilan. Pero la quintana, la aldea, casas diseminadas en un paisaje y espíritu empapado en sus esencias, es el «alma mater» de Asturias. Nuestras villas y nuestras ciudades no se han extendido por auto-crecimiento, por un impulso multiplicador interno, sino por afluencia migratoria de gentes venidas de la aldea, pues el pueblo, aún el que vive sobre el suelo adoquinado y asfaltado, tiene sus raíces en la tierra, porque ella sólo da, además de los árboles frutales, los árboles genealógicos. Así en todas las villas y ciudades de Asturias, lo mismo que en las de América, donde quiera que domine una colonia astur, hay un alma colectiva, en la que circula la savia que proviene de unas raíces, hincadas todavía, en ya lejanos paisajes. En todas las partes del mundo el campo suministra a la ciudad alimentos para que viva y hombres para que crezca; en Asturias, además, espíritu para que perdure. Porque la aldea, con su alma vernácula, es algo indestructible, es un producto espontáneo de la misma vida, algo natural y auténtico, una creación de Dios. Pero si la aldea la creó Dios, la gran urbe la creó, probablemente, el demonio. Por eso los filósofos sociales de hoy han lanzado este apotegma: «Si nuestra civilización, hija de la gran urbe, quiere salvarse, el mundo tiene que volver al campo». Es decir: la aldea, después de haber emigrado a la ciudad, tiene que pensar en su regreso al viejo solar de sus mayores, como un indiano que allá no le fué bien. Veo la gran revolución del porvenir en ese retorno asturianísimo. Pero ¿cómo se realizará? Economistas políticos y sociólogos porveniristas, nos han dado una visión anticipada de la gran

urbe futura. En el centro estará la catedral, la universidad, la industria, el comercio y las diversiones comunes, como está en el centro de nuestras aldeas, la iglesia, la escuela, el comercio y la bolera: y sobre una tupida red de comunicaciones rápidas, todas las viviendas deseminadas por el paisaje en torno, como están en nuestras aldeas. La gran urbe del porvenir será la gran aldea. La aldea «alma mater» de Asturias, inserta en la ciudad futura, moldeará su cuerpo y vibrará en su espíritu. Así, hoy, como ayer y como siempre Asturias será fiel a su gran destino astral: la Reconquista.